

12 DE OCTUBRE: NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

CICLO A

1ª Lectura-I (1 Crón. 15, 3-4, 15-16; 16, 1-2)



“Metieron el arca de Dios y la instalaron en el centro de la tienda”

«En aquellos días, David congregó en Jerusalén a todos los israelitas para trasladar el arca del Señor al lugar preparado. Reunió también a los hijos de Aarón y a los levitas. Los levitas se echaron los varales a los hombros y levantaron el arca de Dios, como mandó Moisés por orden del Señor. David ordenó a los jefes de los levitas que organizaran a sus hermanos cantores para que entonasen cánticos de alegría acompañados de instrumentos musicales, salterios, cítaras y címbalos. Metieron el arca de Dios y la instalaron en el centro de la tienda que David había preparado. Ofrecieron a Dios holocaustos y sacrificios de comunión, y cuando David terminó de ofrecerlos, bendijo al pueblo en el nombre del Señor.» (1 Crón. 15, 3-4, 15-16; 16, 1-2).

“En aquellos días”: Es el momento en que David decide llevar el arca de Dios de la casa de Obededom a la Ciudad de David, es decir, a Jerusalén:

*«Se hizo saber al rey David: “Yahveh ha bendecido la casa de Obededom y todas sus cosas a causa del arca de Dios.” Fue David e **hizo subir el arca de Dios de casa de Obededom a la Ciudad de David**, con gran alborozo.» (2 San. 6, 12).*

“David congregó en Jerusalén a todos los israelitas”: Se trata de uno de los episodios más importantes de la vida regia de David y del pueblo de Israel: el traslado del arca de Dios desde el santuario de Gabaón hasta Jerusalén.

Había sus dificultades para llevar a cabo la pretensión de David por la resistencia del santuario de Gabaón, donde estaba la Tienda que Moisés hiciera en el desierto:

*«Salomón fue con toda la asamblea al alto de **Gabaón**, porque allí se hallaba la **Tienda del Encuentro** de Dios, que Moisés, siervo de Yahveh, había hecho en el desierto.» (2 Crón. 1, 3).*

Pero David usa su astucia para llevar a cabo su propósito. Ya había reunido David a las doce tribus de Israel (Israel y Judá) bajo su cetro, y contaba con la capital como centro sociopolítico, Jerusalén. Ahora lo que pretende David es convertir la capital de Jerusalén en centro religioso, tanto de Judá como de Israel. Y para llevar a cabo esta ardua empresa, por las oposiciones que va a encontrar en Gabaón, congrega a los mejores hombres de Israel:

*«Reunió de nuevo David a todo **lo mejor de Israel**, 30.000 hombres. Se levantó David y partió con todo el pueblo que estaba con él a Baalá de Judá para subir desde allí el arca de Dios que lleva el nombre de Yahveh Sebaot que se sienta sobre los querubines.» (2 Sam. 6, 1-2).*

Rodeado de lo mejor de Israel, es decir, de la representación más alta de la alcurnia de Israel, le será más fácil introducir el arca de Dios en la nueva Morada que le ha preparado en Jerusalén.

“Para trasladar el arca del Señor”: Se siente apremiado David, a pesar de las dificultades que presiente, a trasladar el arca de Dios a Jerusalén:

*“No he de entrar bajo el techo de mi casa, no he de subir al lecho en que reposo, sueño a mis ojos no he de conceder ni quietud a mis párpados, mientras no encuentre un lugar para Yahveh, una **Morada** para el Fuerte de Jacob.”*

Mirad: hemos oído de Ella (de la Morada) que está en Efratá, ¡la hemos encontrado en los Campos del Bosque! ¡Vayamos a la Morada de él, ante el estrado de sus pies postrémonos! ¡Levántate, Yahveh, hacia tu reposo, tú y el arca de tu fuerza! Tus sacerdotes se vistan de justicia, griten de alegría tus amigos.» (Sal. 132, 3-9).

“Al lugar preparado”: David había preparado previamente una tienda nueva para el arca de Dios. La tienda de Moisés había quedado en Gabaón, como la recuerda todavía más tarde la visita que hizo el hijo de David, Salomón:

*«Salomón fue con toda la asamblea al alto de **Gabaón**, porque allí se hallaba la **Tienda del Encuentro** de Dios, que Moisés, siervo de Yahveh, había hecho en el desierto.» (2 Crón. 1, 3).*

“Reunió también a los hijos de Aarón”: David da solemnidad al traslado del arca de Dios a Jerusalén haciendo partícipes a los sacerdotes de Yahveh, pero también busca cubrirse las espaldas por las posibles críticas de los sacerdotes del alto de Gabaón, que verán peligrar la preeminencia de Gabaón en favor de Jerusalén. Y no sólo se podían oponer los sacerdotes de Gabaón al traslado del arca de la alianza, sino que también los jefes de Israel podrían ver con malos ojos lo novedoso que pretendía David.

“Y a los levitas”: Más que a todo el pueblo de Leví, se refiere el autor sagrado a los sacerdotes de la tribu de Leví. La acción es litúrgica, pero ello no impide que haya acudido el pueblo sencillo no perteneciente al orden sacerdotal.

También es de creer que David tuviera miedo de Dios en el traslado, no fuera a ocurrir otro episodio como el de Uzzá, que, al no pertenecer al gremio sacerdotal, Dios lo fulminó por tocar el arca:

«Al llegar a la era de Nakón, extendió Uzzá la mano hacia el arca de Dios y la sujetó porque los bueyes amenazaban volcarla. Entonces la

ira de Yahveh se encendió contra Uzzá: allí mismo le hirió Dios por este atrevimiento y murió allí junto al arca de Dios.» (2 Sam. 6, 6-7).

David asegura el traslado del arca de Dios sin incidentes usando los sacerdotes de Yahveh.

“Los levitas se echaron los varales a los hombros”: Estos varales eran de acacia y estaban revestidos de oro, mandado hacer así por Dios a Moisés:

«Harás también varales de madera de acacia, que revestirás de oro.» (Éx. 25, 13; cf. 27, 4).

El ceremonial pretende ser lo más fiel posible al rito establecido por Moisés para el traslado del arca de Dios.

“Y levantaron el arca de Dios”: El temor no era poco, pero David se arriesga y se pone en movimiento observando lo que pudiera ocurrir. De aquí que, a los seis pasos, viendo que no ocurría otra desgracia como la de Uzzá, ofrece un sacrificio a Yahveh Dios:

«A los seis pasos de avanzada de los portadores del arca de Yahveh, sacrificó un buey y un carnero cebado.» (2 Sam. 6, 13).

Algunos traducen que David ofrecía el mismo sacrificio cada seis pasos, pero esto no es más que una mala traducción de los testigos del Antiguo Testamento.

“Como mandó Moisés por orden del Señor”: El ritual de traslado preceptuado por Moisés era complejo:

«Cuando se levante el campamento, irán Aarón y sus hijos, descolgarán el velo de protección y cubrirán con él el arca del Testimonio. Pondrán sobre ella una cubierta de cuero fino y extenderán encima un paño todo de púrpura; luego le pondrán los varales. Sobre la mesa de la presencia extenderán un paño de púrpura, y pondrán sobre ella las fuentes, copas, tazas y jarros de libación: el pan estará perpetuamente encima. Extenderán sobre ella un paño carmesí que cubrirán con una cubierta de cuero fino, y después le pondrán los varales. Tomarán entonces un paño de púrpura y cubrirán el candelabro del alumbrado con sus lámparas,

despabiladeras y ceniceros, y todos los vasos de aceite que se utilizan en el servicio del candelabro. Lo pondrán con todos sus utensilios en una cubierta de cuero fino y lo colocarán sobre las angarillas (andas). Sobre el altar de oro extenderán un paño de púrpura, lo cubrirán con una cubierta de cuero fino, y le pondrán los varaes. Tomarán todos los vasos que se emplean en el servicio del santuario, los pondrán en un paño de púrpura, los cubrirán con una cubierta de cuero fino y los colocarán sobre las angarillas.» (Núm. 4, 5-12).

“David ordenó a los jefes de los levitas”: Tiene buen cuidado David de promocionar a los levitas, en orden a que Dios no lo fulmine como a Uzzá, y también para acallar murmuraciones en el pueblo y, sobre todo, en los cabezas de Israel.

“Que organizaran a sus hermanos cantores”: Queda establecida una jerarquía de valores. Los levitas serán quienes organicen a los cantores, para que el culto sea digno y ordenado. La ceremonia se presenta un tanto bullanguera y debe estar todo bien organizado.

“Para que entonasen cánticos de alegría”: Es motivo de gran gozo la introducción del arca de Dios en la ciudad de David. Se está fundamentando la ciudad religiosa de Israel. Quedará centralizado todo el pueblo de Dios en torno a Jerusalén.

“Acompañados de instrumentos musicales”: La euforia de las personas con sus cantos debe estar acompañada por *“instrumentos musicales”*. El acto religioso que prepara David es suntuoso, y suficientemente pedagógico, como para que el pueblo entienda el significado de la hegemonía de Jerusalén sobre todas las naciones de la tierra.

El paralelo del Segundo Libro de Samuel menciona esta explosión de júbilo:

«Hacían subir el arca de Yahveh entre clamores y resonar de cuernos.» (2 Sam. 6, 15).

“Salterios, cítaras y címbalos”: Hoy día nos dicen poco estos instrumentos músicos, pero en la época de David eran escasos y precarios. Si ahora David pone al servicio del traslado del arca de Dios lo que tiene a mano, es mucho de alabar. David no recorta presupuestos para esta ocasión del traslado del arca de Dios.

“Metieron el arca de Dios”: Reproduce este Primer Libro de las Crónicas el mismo acontecimiento narrado en el Segundo Libro de Samuel:

«Metieron el arca de Yahveh y la colocaron en su sitio, en medio de la tienda que David había hecho levantar para ella y David ofreció holocaustos y sacrificios de comunión en presencia de Yahveh. Cuando David hubo acabado de ofrecer los holocaustos y sacrificios de comunión, bendijo al pueblo en nombre de Yahveh Sebaot y repartió a todo el pueblo, a toda la muchedumbre de Israel, hombres y mujeres, una torta de pan, un pastel de dátiles y un pan de pasas a cada uno de ellos, y se fue todo el pueblo cada uno a su casa.» (2 Sam. 6, 17-19).

“Y la instalaron en el centro de la tienda”: David respetará la tradición transmitida por Moisés en la ubicación del arca de Dios. Y como ha conseguido su propósito sin lamentables incidentes, se siente feliz de su empresa.

“Que David había preparado”: La iniciativa era de David, y lo hace notar el hagiógrafo sagrado. Un hombre tan religioso como David no podía avenirse a vivir lejos del arca de Dios. Una vez conseguido su propósito, David ya puede descansar sintiéndose protegido por la presencia de Dios en su ciudad.

“Ofrecieron a Dios holocaustos”: Desde el primer momento en que mueven el arca de Dios de la casa de Obededom, comienza David a ofrecer sacrificios:

«Se hizo saber al rey David: “Yahveh ha bendecido la casa de Obededom y todas sus cosas a causa del arca de Dios.” Fue David e hizo subir el arca de Dios de casa de Obededom a la Ciudad de David, con gran alborozo.» (2 San. 6, 12).

«A los seis pasos de avanzada de los portadores del arca de Yahveh, sacrificó un buey y un carnero cebado.» (2 Sam. 6, 13).

En los “*holocaustos*” la víctima era consumida por el fuego.

“Y sacrificios de comunión”: En los “*sacrificios de comunión*” la víctima era aderezada para el consumo sagrado.

“Y cuando David terminó de ofrecerlos”: David fue generoso en el ofrecimiento de sacrificios al Dios de Israel. Había finalizado la función del traslado del arca satisfactoriamente y David se dispone a despedir al pueblo con alguna expresión que le deje un buen sabor de boca y un buen recuerdo a futuro.

“Bendijo al pueblo en el nombre del Señor”: Es muy probable que el contenido de la bendición fuera el establecido en el Libro de los Números para ocasiones como la presente:

*«Así habéis de bendecir a los israelitas. Les diréis: **Yahveh te bendiga y te guarde; ilumine Yahveh su rostro sobre ti y te sea propicio; Yahveh te muestre su rostro y te conceda la paz.**» (Núm. 6, 23-26).*

Todo este pasaje del Primer Libro de las Crónicas ha sido interpretado por la Iglesia como apropiado para iluminar el acontecimiento de la entrada de la SS. Virgen María en la Morada celeste de la eternidad.

1ª Lectura-II (Hech. 1, 12-14)



“Perseveraban en la oración con María, la madre de Jesús”

«Después de subir Jesús al cielo, los apóstoles se volvieron a Jerusalén, desde el monte que llaman de los Olivos, que dista de Jerusalén lo que se permite caminar en sábado. Llegados a casa subieron a la sala, donde se alojaban: Pedro, Juan, Santiago, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el de Alfeo, Simón el Celotes y Judas el de Santiago.

Todos ellos se dedicaban a la oración en común, junto con algunas mujeres, entre ellas María, la madre de Jesús, y con sus hermanos.»
(Hech. 1, 12-14).

“Después de subir Jesús al cielo”: Una vez que la Iglesia se ha quedado sin la presencia sensible de Cristo Jesús, el evangelista S. Lucas va a narrar sintéticamente, en este libro de los Hechos de los Apóstoles, el sencillo tenor de vida espiritual fraterna de la comunidad apostólica, tras la admirable ascensión del Señor a los cielos. S. Lucas presentará a la Iglesia en marcha, aglutinada en el Cenáculo alrededor de la Virgen SS.

La subida de Cristo Jesús al Reino de los cielos es el colofón de la vida de Cristo y de todo cristiano. La historia de la humanidad, ajada por el pecado de Adán, había recibido como fin de su existencia terrena la muerte:

«Eres polvo y al polvo tornarás.» (Gén. 3, 19).

Pero, gracias a Cristo Jesús, la historia de la perdición se ha transformado en historia de la salvación. Ahora el fin del hombre no es el sepulcro, sino el cielo.

“Los apóstoles se volvieron a Jerusalén”: La Iglesia está representada fundamentalmente por el colegio apostólico. Una vez que Jesús ha dejado de ser perceptible por los sentidos, serán los apóstoles quienes expresen sensorialmente a Cristo Jesús en su Iglesia, la nueva Jerusalén, el nuevo pueblo de Dios.

El retorno de los apóstoles y discípulos de Cristo Jesús desde el monte de la ascensión al Cenáculo fue con gran gozo, como indicará el mismo evangelista S. Lucas en su Evangelio:

*«Los sacó hasta cerca de Betania y, alzando sus manos, los bendijo. Y sucedió que, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo. Ellos, después de postrarse ante él, se volvieron a Jerusalén con **gran gozo**, y estaban siempre en el Templo bendiciendo a Dios.» (Lc. 24, 50-53).*

Como los apóstoles tenían precepto de Jesús de no moverse de Jerusalén hasta que llegara el Espíritu Santo, se quedaron en el Cenáculo a la espera de Pentecostés:

*«Mientras estaba comiendo con ellos, **les mandó que no se ausentasen de Jerusalén**, sino que aguardasen la Promesa del Padre.» (Hech. 1, 4).*

“Desde el monte que llaman de los Olivos”: Es el mismo S. Lucas en su Evangelio quien señala a Betania como el lugar de la ascensión del Señor a los cielos:

*«Los sacó hasta cerca de **Betania** y, alzando sus manos, los bendijo. Y sucedió que, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo.» (Lc. 24, 50-51).*

Aparentemente pareciera contradecirse el mismo evangelista S. Lucas al señalar dos lugares desde donde Cristo Jesús ascendió en cuerpo y alma a los cielos: “*Monte de los Olivos*” (Hech. 1, 12) y “*Betania*” (Lc. 24, 50). Al ser adyacentes ambos lugares, y al tener el monte de la ascensión una vertiente hacia Betania, y otra vertiente hacia el Huerto de los Olivos, entonces estamos hablando del mismo lugar, aunque expresado de modo diferente. Desde el siglo IV queda señalado el lugar con un santuario.

- El Huerto de los Olivos, lugar topográfico de angustia de Cristo Jesús al entrar en la pasión, se convierte en lugar de gran gozo al entrar Jesús en el Paraíso.
- El Huerto de los Olivos, lugar teológico de la angustia de Adán al entrar en la muerte del pecado, se convierte ahora en el lugar topográfico del gran gozo bienaventurado de Jesús, nuevo Adán.
- El árbol del Paraíso que produjo el fruto de la muerte a la especie humana se ha convertido en el olivo de la unción para la vida.

“Que dista de Jerusalén lo que se permite caminar en sábado”:

El retorno de los apóstoles, “*después de subir Jesús al cielo*”, se hace desde el “*Monte de los Olivos*”. Se trata del breve trayecto permitido surcar un sábado, es decir, 1.000 pasos, hasta llegar al Cenáculo, donde se dan cita apóstoles, mujeres, Virgen María y familiares de Jesús. Todo esto tiene un significado:

- ***“Monte de los Olivos”:*** Es el punto de partida apostólica, que viene a iniciarse en el mismo lugar en que Jesús inició su pasión. Será aquí donde consume su gloria terrena con la ascensión al cielo. Ambas realidades se dan cita en el mismo espacio. Es así y aquí, en la tribulación, como la Iglesia espera su glorificación al final de sus días.
- ***Ascensión del Señor:*** El espectáculo de la consumación de los días terrenos de Cristo Jesús llenó de gozo el cielo y la tierra, pues los mismos apóstoles regresaron a Jerusalén llenos de gozo (cf. Lc. 24, 52). La ascensión es el reposo del ser cristiano después del azaroso movimiento terrestre en el Huerto.
- ***Retorno de la Iglesia:*** Jesús ha ascendido al cielo, pero la Iglesia continúa su camino con la presencia de Jesús desde el misterio. El camino es hacia el Cenáculo, centro de espiritualidad

donde obra el Espíritu Santo; hacia la Madre de la Iglesia, la Virgen María; hacia la comunidad cristiana reunida en el Cenáculo para orar; hacia los hermanos del Señor, adquiridos a precio de su preciosísima Sangre; hacia las mujeres restauradas después de la prevaricación de Eva. La Iglesia tiene muy bien definida su trayectoria terrena mientras espera su ascensión a los cielos.

- **Sábado:** Es el día en el que descansaba el hombre de sus fatigas. Desde la ascensión de Jesús a los cielos, la Iglesia ha encontrado descanso al amparo del tiempo del Señor, tiempo de salvación. La azarosa historia del hombre mundano encuentra ahora reposo en el tiempo de la Iglesia del Señor.
- **1.000 pasos:** El mil es número de plenitud. Los caminos de la Iglesia del Señor están todos ellos fecundados por la plenitud del Señor. El mil es imagen de la fecundidad trascendente. Parece poco mil pasos para caminar un día, pero es que estaba prohibido caminar más. Esto quiere decir que, fuera del proyecto salvífico del Señor en su Iglesia, es un caminar fuera de camino y, por tanto, un alejarse de la salvación. Cuanto más se camine y maquine fuera de los mil pasos autorizados, no es más que acumular mayor castigo para el día de la cuenta. ¡Cuánto trabajo inútil y punible!
- **Cenáculo:** Es el lugar topográfico donde se reúne la comunidad cristiana en espera del Espíritu Santo, donde eleva en común su oración al Padre, en nombre de su Verbo, bajo la acción del Espíritu Santo. El Cenáculo es signo de la Jerusalén celeste, es decir, del cielo sempiterno. Ya no es el Templo de Jerusalén, protegido por Dios a punta de látigo, sino que es el Cenáculo el que aglutina a los predestinados, bajo la protección del Espíritu Santo, en espera de su bienaventuranza eterna.
- **Mujeres:** La mención de las mujeres, y no de los hombres, que también los había, hace entender que S. Lucas, evangelista de las mujeres por su delicadeza en tratarlas, tiene en mente la situación a la que había sometido la historia a la mujer por la prevaricación de Eva. Ha quedado sanado el hombre gracias a la pasión del Señor, pero, igualmente, ni más ni menos, ha sido también redimida la mujer de su infección originaria. Por esta razón S. Lucas te hace caer en la cuenta de la restauración de la mujer, más todavía teniendo en cuenta la esclavitud a la que estaba sometida por la cultura del momento.

- **Virgen María:** No podía faltar la Madre de Jesús, es decir, la Madre de la Iglesia. Podría haber sido suficiente con la mención a las mujeres, pero S. Lucas segrega del grupo femenino a la Virgen María para presentarla en una perspectiva nueva. Curiosamente, S. Lucas deja en el Cenáculo a la Virgen María para siempre. Es lo último que sabemos de Ella. Como si continuara todavía allí en espera de la parusía. Y es que realmente la Virgen María está, juntamente con su Hijo, en el seno de la Iglesia, de la que ya no se separará jamás.

El retorno del colegio apostólico es ya sin Jesús. Ahora es con S. Pedro, el Jesús visible que podrán contemplar todas las generaciones. Jesús permanece oculto, aunque presente, hasta su retorno glorioso al final del tiempo, en la parusía.

Cristo Jesús vuelve al cielo, los apóstoles del Señor vuelven a Jerusalén. Cabeza y miembros, Jesús y apóstoles, no tienen una separación topográfica, sino cronológica. No están separados por el espacio, pues entonces Jesús sería un amputado, y los apóstoles decapitados, sino que su separación lo es por razón de lo temporal y lo atemporal. Por los apóstoles pasa el tiempo, por Jesús ya no. Los apóstoles son tiempo, Jesús es eternidad.

Entre la Cabeza y el Cuerpo Místico de Cristo Jesús hay una separación sensorial, no real. Al morir el cristiano, se le manifiesta la presencia real de Jesús en la existencia eclesial. En la vida temporal no podrá el cristiano apercibirse de sensaciones naturales de Jesús. Esta fase eclesiológica temporal coincide con la fase de la percepción cristológica en la fe, no en la visión.

“Llegados a casa subieron a la sala, donde se alojaban: Pedro, Juan, Santiago (el Mayor), Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago (el Menor) el de Alfeo, Simón el Celotes y Judas el de Santiago”: La inseguridad apostólica, desde la ascensión del Señor hasta Pentecostés, lleva a los apóstoles al lugar donde se sintieron asegurados por Jesús, ¿el Cenáculo? Es probable que aquí mismo recibieran el Espíritu Santo el día de Pentecostés. La morriña dirige los primeros pasos de la Iglesia naciente hacia los lugares vividos en compañía de Jesús.

El recurso de S. Pedro de refugiarse entre los discípulos del Señor, cuando fue liberado por el ángel de la cárcel y expectación de Herodes,

orienta un poco sobre el lugar del Cenáculo, que aquí sería la casa de María, madre del evangelista S. Marcos:

«Consciente de su situación, marchó a casa de María, madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde se hallaban muchos reunidos en oración.» (Hech. 12, 12).

Aunque no se nos diga taxativamente el lugar exacto donde se reunían los primeros cristianos, sin embargo, sí sabemos que acostumbraban a estar juntos en oración:

«Y, levantándose al momento (los dos discípulos de Emaús), se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos.» (Lc. 14, 33).

«Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: “La paz con vosotros.”» (Jn. 20, 19).

El lugar donde se alojaban los discípulos, después de la ascensión del Señor a los cielos, ha sido consagrado con una basílica desde el siglo IV: La Asunción de María a los Cielos. Esta basílica de la Asunción de María a los Cielos conmemora al mismo tiempo el Cenáculo, la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, la muerte de la Virgen María y su gloriosa Asunción en Cuerpo y Alma a los Cielos.

Todos los apóstoles permanecen unidos en oración, pues precisan la fuerza del Espíritu para dispersarse sin temor por todo el mundo, para predicar el evangelio de Jesús.

“Todos ellos se dedicaban a la oración en común”: Ninguna duda cabe de que los discípulos del Señor realizarían otras muchas acciones, pero S. Lucas ha querido dejar constancia escrita sólo de esta realidad de “la oración en común”. Tampoco cabe la menor duda de que los discípulos del Señor hacían su oración en privado, pero la constancia escrita para la posteridad es aquí sólo de “la oración en común”, que es la oración oficial de la Iglesia.

La Iglesia permanecerá reunida en oración, hasta el retorno del Señor en la parusía, en compañía de la Virgen María, la Madre de Jesús. Es

consolador saber que no hay ni un solo instante en el que la Iglesia deje de elevar su oración al Padre, por Cristo Jesús, y bajo la acción del Espíritu Santo.

“Junto con algunas mujeres”: Además de la jerarquía de la Iglesia, también está en la Iglesia el pueblo santo de Dios. La mención de S. Lucas a “*algunas mujeres*” avala el influjo que tuvo el mensaje de Cristo Jesús en la mujer. El asunto es novedoso para el momento histórico en que se encontraba la Iglesia naciente.

Estas mujeres parece que pueden ser las mismas que acompañaron a Jesús en su ministerio apostólico:

*«Iba (Jesús) por ciudades y pueblos, proclamando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios; le acompañaban los Doce, y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades: **María, llamada Magdalena**, de la que habían salido siete demonios, **Juana**, mujer de Cusa, un administrador de Herodes, **Susana** y **otras muchas** que les servían con sus bienes.» (Lc. 8, 1-3).*

Estas piadosas mujeres acompañaron también a Jesús en su pasión y muerte:

*«Había allí **muchas mujeres** mirando desde lejos, aquellas que habían seguido a Jesús desde Galilea para servirle. Entre ellas estaban **María Magdalena**, **María la madre de Santiago** y de José, y **la madre de los hijos de Zebedeo**.» (Mt. 27, 55-56).*

*«Las mujeres que habían venido con él desde Galilea, fueron detrás y vieron el sepulcro y cómo era colocado su cuerpo, Y regresando, prepararon aromas y mirra. Y el sábado descansaron según el precepto... Las que decían estas cosas a los apóstoles eran **María Magdalena**, **Juana** y **María la de Santiago** y las demás que estaban con ellas.» (Lc. 23, 55-56; 24, 10).*

“Entre ellas María, la madre de Jesús”: Al calor de la Madre de Jesús y de la Iglesia se inaugura la vida conventual, el noviciado eclesial. María es el alma de la Iglesia naciente. Sin ella la disgregación hubiera sido total. La presencia de la Madre de Jesús termina con las diferencias punibles y lleva a aquella unidad por la que son unificadas todas las cosas llamadas a la unidad.

“Y con sus hermanos”: Ha querido dejar S. Lucas reseñada intencionalmente la condición de familia de Jesús, de “*sus hermanos*”, es decir, de los primos y parientes del Señor. La condición de “*hermanos de Jesús*” expresa en S. Lucas la condición de todo cristiano como familia de Dios.

De entre los familiares de Jesús se pueden espigar cuatro:

«¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos **Santiago, José, Simón y Judas**?» (Mt. 13, 55).

El libro de los Hechos de los Apóstoles, en este momento actual de la ascensión del Señor a los cielos, presenta como cuatro estratos diferentes, y nítidamente diferenciados, de cristianos orantes de los que se nutre la Iglesia naciente:

1. Los apóstoles.
2. Las mujeres.
3. La Madre de Jesús.
4. Los parientes de Jesús.

2ª Lectura (Lc. 11, 27-28)

“Dichoso el vientre que te llevó”

«En aquel tiempo, mientras Jesús hablaba a las turbas, una mujer de entre el gentío levantó la voz diciendo: —¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron!

Pero él repuso: —Mejor: ¡Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen!» (Lc. 11, 27-28).

“Mientras Jesús hablaba a las turbas”: El discurso de Jesús es para todas las gentes: “*turbas*”. Jesús habla a quien le escucha, y no sólo al oído, a la razón, sino fundamentalmente al co-razón.

Hay otros que escuchan a Jesús, pero sus palabras les golpea el corazón y lo rechazan. La causa de esta reacción hay que buscarla en su mala vida. Quienes no acuden a Jesús es porque sus obras han sido malas y se cierran a la voz y a la luz de Dios:

*«El juicio está en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque **sus obras eran malas.**» (Jn. 3, 19).*

Cuando un hombre rechaza a Jesús, está rechazando la voz interior de Dios que le llama hacia la salvación, la cual está en Jesús.

En esta ocasión un corazón de mujer fervorosa escuchó la voz de Dios y resonó al exterior alabando a Dios.

“Una mujer de entre el gentío levantó la voz diciendo”: Quien escucha a Jesús es llevado misteriosamente hacia el recuerdo de su SS. Madre, la Virgen María, y también a la Iglesia, de quien esta mujer es ahora imagen glorificadora de su Creador.

Quien escucha de verdad a Jesús no puede por menos que “*levantar la voz*” para alabar a Dios y predicarlo a quienes con buen corazón lo buscan.

La mujer siente santa envidia por ser madre de Cristo Jesús, pero Jesús le complace confirmando que realmente es su madre:

*«“¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?” Y, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: “**Éstos son mi madre** y mis hermanos. Pues todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.”» (Mt. 12, 48-50; cf. Mc. 3, 33).*

La mujer espontánea que alababa a Dios y a su SS. Madre recibió más de lo que deseaba: Es más madre de Dios por la fe de la mente que por la concepción del vientre.

La imagen de la mujer “*elevando su voz*” es enternecedora desde un punto de vista histórico-teológico. De entre la multitud de las villas de la tierra, se levanta una “*Ciudad populosa*” (Lam. 1, 1) que entona su trova al Creador. Esta mujer es la Iglesia, madre universal de todos sus hijos.

La tarea que tienes como hijo de la Iglesia es la de “*levantar tu voz*” para anunciar la salvación, o mejor, para anunciar al Salvador. En medio de tanto ruido inútil y molesto, y tanto silencio de Dios, grita tú a los ensordecidos por las baratijas que le ofrece un mundo fraudulento y caduco, para que puedan disfrutar del sonido silente de lo eterno.

“*¡Dichoso el vientre que te llevó*”: Ciertamente es dichoso el vientre de la Virgen María, que llevo en sus entrañas al Hijo del Eterno Padre, Cristo Jesús. Y de esta suerte, Jesús quedó entrañado en nuestra historia temporal y terrena, devolviendo al mundo la dignidad que le había arrebatado Adán. Gracias al vientre de María SS. se hizo la obra más grande que se ha hecho y que se puede hacer: la renovación, al modo divino, de todo lo creado, devolviéndole la dignidad perdida, pero acrecentada por la dignidad del mismo Creador. ¡Dios sea bendito por los siglos!

La Iglesia te engendró a ti en la virginidad, haciéndote divino, como la Virgen María engendró en la virginidad al mismísimo ser divino, el Verbo de Dios.

- Jesús es divino por naturaleza, luego, es impecable.
- Tú eres divino por sobrenaturaleza, luego, pecable.

Tú, hermano, has hecho feliz a tu Madre, la Iglesia: “*Dichoso el vientre que te llevó*”, como predica esta mujer del Evangelio. Tú haces feliz a la Iglesia que es quien te alimenta, quien te predica a Dios...

¿Por qué la mujer alude en su alabanza a la Madre de Jesús? —Porque es mujer, es decir, porque tiene sentimientos maternos. Y así, todo hijo de la Iglesia alaba a Dios por su Madre, y es síntoma de reprobación no tenerle estima y amor.

¿Por qué decimos que este texto hace una alusión misteriosa de la Iglesia? —Porque la mujer representa mejor a la Iglesia, porque es la única que en este pasaje eleva su voz al Creador, porque al escuchar la palabra

de Jesús se convierte en madre de Jesús, porque es la única voz que hace una valoración de la Madre de Jesús...

“Y los pechos que te criaron!”: La Virgen María, que crio a sus pechos al Hijo de Dios, se convierte en imagen de la Iglesia, que te alimenta a sus pechos: sacramentos, evangelio, gracia, ejemplos...

La espontaneidad de la mujer que *“levantó la voz”*, tiene sabor judío y parece inspirada en el libro de los Proverbios:

«El padre del justo rebosa de gozo, quien engendra un sabio por él se regocija. Se alegrarán tu padre y tu madre, y gozará la que te ha engendrado.» (Prov. 23, 24-25).

“Pero él repuso”: Jesús se siente hijo de la mujer que le alaba. De aquí el doble discurso de la mujer y de Jesús: *“dichoso el vientre”*, *“dichosos los que escuchan”*. Y como la mujer estaba escuchando, la mujer es dichosa como María SS.

“Mejor”: La estimación que de la entidad femenina tiene Jesús es de un valor mucho más elevado que el meramente material, al igual que el de la entidad masculina.

Tiene aquí en cuenta Jesús las dos vertientes de los seres racionales: el entendimiento y la voluntad:

- **Entendimiento:** Escuchar, estudiar y comprender la palabra de Dios: *“Dichosos los que escuchan la palabra de Dios”*.
- **Voluntad:** Cumplir la voluntad de Dios: *“Y la cumplen”*.

«No todo el que me diga: “Señor, Señor”, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial.» (Mt. 7, 21).

“¡Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen!”: Como la mujer alaba a Jesús, Jesús alaba a la mujer: *“Dichosos...”*.

La respuesta de Jesús está en consonancia con aquel otro acontecimiento en el que se presentaron a Jesús su madre y sus hermanos:

«Se presentaron donde él su madre y sus hermanos, pero no podían llegar hasta él a causa de la gente. Le anunciaron: “Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren verte.” Pero él les respondió: “Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen.”» (Lc. 8, 19-21).

El parentesco espiritual está muy por encima del carnal.

La expresión: “*Los que escuchan la palabra de Dios*” tiene una intencionalidad sinérgica. No se trata del mero espectador que oye meras palabras, sino de aquel cristiano que, tocado por la gracia, profundiza en el contenido del mensaje, lo estudia, lo medita, lo acepta y luego lo ejecuta:

«El (grano) que fue sembrado en tierra buena, es el que oye la Palabra y la comprende: éste sí que da fruto y produce.» (Mt. 13, 23; cf. Mc. 4, 20; Lc. 8, 8).

«MARÍA ES BENDECIDA POR SU FE.

La Virgen María fue más dichosa por recibir la fe de Cristo que por concebir la carne de Cristo. Pues a quien le dijo: “Bienaventurado el seno que te llevó”, respondió Jesús: “Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la practican”. Finalmente, a sus hermanos, es decir, a los familiares según la carne, que no creyeron en Él, ¿de qué les aprovechó su parentesco? Tampoco hubiera aprovechado nada el parentesco material a María, si no hubiera sido más feliz por llevar a Cristo en su corazón que en su seno.» (S. AGUSTÍN, Sobre la Santa Virginidad, 3, 3; CSEL 41, 237).